

Discurso de contestación al de Ingreso de
D. Juan Ocaña Torrejón en la Real Academia de
Córdoba.

Por Rafael CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA

Respetables autoridades, señores académicos, dignísimo auditorio:

Debo contestar, en nombre de la Real Academia de Córdoba, al discurso que don Juan Ocaña Torrejón ha escrito para su ingreso en categoría de Numerario de esta Corporación. Y procuraré hacerlo con palabras escuetas y conceptos precisos, para que no me traicione el caudal de afectos que tengo a toda la familia Ocaña, de Villanueva de Córdoba, derivado de la admiración y cariño que tuve a su sin igual padre.

Mis primeras palabras son de sincera felicitación al recipiendario, no sólo por el discurso, sino por toda su vida de fecunda dedicación a la cultura, por la honesta, digna, laboriosa y admirable familia a que pertenece, por su amor nunca desmentido a las tierras del Valle, del singularísimo Valle de los Pedroches, al que en estos momentos habéis tenido bajo vuestra atención y vuestra pupila.

Pero hablemos primero de don Juan. Nació en ese hermoso y sereno pueblo del norte de nuestra provincia, tranquilo y rico entre sus encinares y sus ganados que, como su gemelo Pozoblanco, nacieron en días de paz, de ansia laboriosa y progresiva, de europeísmo, en fin.

Es hijo, con cuatro hermanos, de aquel hombre bueno, fundamentalmente bueno, paternal y jovial, en el mejor concepto de alegre y optimista, que vino a Villanueva a fines del pasado siglo, a desempeñar la secretaría municipal, asentando fundamentos literarios en el campesino lugar, desde los que irradiaba luz a toda la provincia. No resisto a leeros lo que escribí hace muy pocos meses en ese anuario de feria y fiestas que Villanueva publica, como la mayoría de nuestras hermosas poblaciones cordobesas, en cuyas líneas he resumido mi admiración al padre de don Juan:

«Me congratula mucho escribir estas líneas de admirativo recuerdo amistoso a don Juan Ocaña, padre. Evoca en mi memoria fechas ya lejanas en que comencé a recorrer y amar la tierra cordobesa, y renueva el afecto y admiración que tuve a la persona y el culto que conservo en su recuerdo.

Queramos o no, la valía de un hombre se mide en nuestro espíritu por la amistad que le profesamos, la hermandad en que se hayan movido nuestras vidas, la admiración que sus hechos u obras nos hayan producido.

Yo conocí a don Juan Ocaña Prados en mi infancia, a través de sus saludísimos «Mosquetazos» que publicaba en el veterano **Diario de Córdoba**, y que fueron uno de mis predilectos pastos espirituales.

Apenas era repartido el **Diario**, mis ojos buscaban ávidamente aquella fina sátira poética en la que desfilaban personajes, sucesos y accidentes de toda índole del vivir nacional. Era seguramente la sección más sabrosa del serio y casi adusto periódico cordobés de principios de siglo.

Cuando lo conocí personalmente, en mis andanzas regionalistas por la provincia, en su cargo de Secretario del Ayuntamiento de Villanueva de Córdoba, mi admiración aumentó con un entrañable afecto que su corazón abierto y generoso desbordaba hasta el contagio. De Móstoles, su tierra nativa, procedía casi seguramente aquella formación cortesana tan cercana a Madrid, que le dio amenidad, gracejo, salero y espíritu selecto y cultivado.

Yo mantuve en mi juventud, y por ahí anda publicado, una teoría sobre el espíritu madrileño, tan separado de la severidad castellana, que me parece más bien un producto de andalucismo trasplantado a la Villa y Corte durante los últimos siglos, y que ha moldeado el Madrid chispero y alegre, aristocrático y jocundo. Y en esa dinámica alegría del vivir, mi ingenua juventud tenía calificado a don Juan Ocaña.

Cuál no sería mi sorpresa cuando hojeando un día ese panteón nacional que es la **Enciclopedia Espasa**, hallé la biografía de Ocaña Prados, en la cual se la define como autor dramático, porque, aparte sus artículos periodísticos en **Heraldo de Madrid** y **Diario de Córdoba**, escribió en su juventud los juguetes cómicos **Fingir para agradar**, el año 1.879, **Quién es el juez**, el año 1.891, el monólogo infantil **Amor al arte**, y el drama en tres actos **El grito de Independencia o Móstoles en 1.808**.

La vida burocrática de don Juan Ocaña supongo que le apartó de las lides escénicas, y yo no conozco ya otras obras serias suyas que las **Historia de la villa de Móstoles**, publicada el año 1.908 y la **Historia de la Villa de Villanueva de Córdoba**, editada en 1.911, en cuyo epílogo pide a

Dios que los restos de su pequeño cuerpo se consuman en esta bendita tierra que fue su segunda patria.

El cariño con que están escritas estas obras de historia declara mucho más que cualquier otro juramento el amor de don Juan a sus tierras natal y adoptiva, transmitido tan fielmente a sus hijos, pero la documentación y fondo erudito que la adorna, le da una superior categoría. En 1.915 nuestra Academia le nombra Correspondiente.

Villanueva, como Pozoblanco, y otras del Valle, son villas renacentistas, poblaciones abiertas, lograda ya la paz de España, cuando las gentes no han de guarecerse tras murallas y bastiones, y salen a trabajar a campo abierto y ensayar los avatares industriales de la época.

Por esta razón, Ocaña Prados no tiene terreno donde ahondar en la historia lejana de Villanueva, ya que no existe y está sumida en la de sus comarcas, especialmente Pedroche. Pero la historia que tiene, en tiempos imperiales y documentados, la expone con acierto y criterio insuperables».

Pero volvamos otra vez al hijo, a este otro don Juan Ocaña, que nace en Villanueva el último día del año 1.894, poco más de un año después que quien estas líneas escribe y lee.

Como los muchos hijos son característica de los hogares virtuosos y plenos de digna laboriosidad, todos los hermanos, y en especial el nuevo académico, han sido buenos estudiantes.

Cursa los estudios del Magisterio en la Escuela Normal de Maestros de Córdoba, obteniendo el título de Maestro Superior en 31 de mayo de 1.913.

Sirve con carácter interino Escuelas Nacionales en su pueblo y durante estos años es miembro fundador de la Asociación de Cultura «Peña Escolar», en la que ejerció casi permanentemente el cargo de Bibliotecario. Intervino activamente en conferencias y certámenes literarios organizados por esta Asociación de estudiantes, así como formó parte del cuadro teatral de la sociedad «La Filantrópica».

Es destinado, ya en propiedad, a la Escuela Nacional de Mirandilla (Badajoz), y en 1.922 fue clausurada aquella por no reunir el local las más elementales condiciones para ello, lo que le dio posibilidad de asistir, de su peculio particular, al Cursillo de Psicología experimental organizado por el Museo Pedagógico de Madrid.

Resultado de aquellas enseñanzas fueron la publicación de un folleto titulado **Ensayo sobre revisión española de los «tests» Claparede (Escala de Villanueva de Córdoba)**, publicación que no sólo mereció que fuese

acogida por el Museo Pedagógico Provincial de Córdoba y prologado por el Inspector don Alfredo Gil Muñiz, sino que recibió comentarios laudatorios de la prensa nacional y provincial, como también de **El Educador de Ginebra** y felicitaciones de Claparede, Doctor Simón y otros.

Ello le animó para hacer encuestas sobre el pensamiento infantil referentes a «Trabajo, Riqueza y Pobreza», las que aunque don Lorenzo Luzuriaga quiso publicarlas en su **Revista de Pedagogía**, se opuso el autor por considerar que las conclusiones no reflejaban pareceres de los niños y sí mostraban el ambiente familiar. En 1.928 es galardonado en un Certamen en Don Benito (Badajoz) por su trabajo «La orientación profesional en las Escuelas Primarias. Labor encomendada al Maestro y medios prácticos para diagnosticar las aptitudes de los escolares».

En 1.923 se traslada a la Escuela graduada de su pueblo natal, la que dirigió hasta su jubilación forzosa en 1.964. En ella organizó bibliotecas infantiles, cursos de conferencias, de divulgación científica, sobresaliendo los de los años 1.957 al 1.961, y una Exposición escolar y de Artesanía en 1.959, creando en dicho año la Asociación de Antiguos Alumnos de esta Escuela. Todas estas actividades fueron premiadas por la Superioridad con numerosos Votos de gracias, Vocal-Secretario de las oposiciones para ingreso en el Magisterio en 1.923; Cruz de Alfonso X el Sabio, en 1.961, y un premio de 10.000 pesetas en 1.962.

En periodismo colaboró en el semanario de Villanueva titulado **Escuela y Despensa** (años 1.913 al 1.916). En 1.919 lanzó la idea de crear en la Asociación Peña Escolar el semanario **Patria** que tuvo vida desde 1.919 al 1.921. En 1.929 da comienzo la publicación del semanario **Villanueva**, sostenido económicamente y bajo su dirección hasta 1.935. Además publicó trabajos en otros periódicos, tales como **El Diario de Córdoba**, **El Cronista del Valle**, **Omeya**, **Boletín de la R. A. C.** y otros locales.

Sus publicaciones: en 1.924 el ya citado sobre tests de Claparede; en el 1.947, **La dehesa de La Jara**; en 1.962, **Historia de la villa de Pedroche y su comarca**, en el mismo año, **La Virgen de Luna** y en 1.968 **Moreno de Pedrajas y el Hospital de Jesús Nazareno de Villanueva**. Tiene en preparación la **Historia de la villa de Conquista**.

Este es el hombre y su obra, de la que quiero destacar su amor a la cultura y más aún su afán por difundirla, que le lleva a crear revistas y periódicos, en los que pone toda su fe de pedagogo y todo su amor a la tierra nativa.

No es pura casualidad que haya sucedido en el sillón académico a don José Luis Gámiz, de Priego, quien fue para su lugar nativo como

don Juan Ocaña lo está siendo para el suyo, el intelectual que bucea, recoge, estudia, analiza y divulga, cuanto de interés erudito, literario y científico atañe al vernáculo solar.

Son muchos los aspectos que Ocaña Torrejón tiene estudiados y publicados sobre Villanueva y su comarca. Las páginas de nuestro boletín académico son buena prueba de ello; la **Historia de Pedroche**, que en unos inolvidables Juegos Florales le fue premiada y editada en 1.962 lo confirma, y lo que aún guarda y promete, junto con la lista bibliográfica antes dada, es la garantía definitiva de su labor.

Pero además, don Juan Ocaña es archivo viviente y grácil de conocimientos y decires. Sabe buscar el dato histórico y tiene un radar especial para todos los hallazgos arqueológicos de la comarca. Inscripciones, tumbas, lápidas, monedas y ruinas, las somete enseguida a su saber y las lanza al mundo oficial y culto. No ha mucho, con las inscripciones fenicias de La Posadilla, cercana a Villanueva, ha puesto en un aprieto a los sabios especialistas del ramo. No ha mucho me lo confirmaba, en reciente visita a Córdoba, el Padre Jean Ferron, director del Museo de Cartago y uno de los mejores especialistas del mundo en lengua fenicia.

Y además, antes lo he dicho, es grácil y jovial en su decir y su hacer, es grata su conversación, es ameno su trato, es digno heredero, en fin, de aquel padre que también derrochó versos chispeantes y joviales decires, en loor de sus pueblos y su patria.

El tema que ha escogido para discurso de entrada en la Academia y acabáis de oír, tiene su impronta de amor erudito a su tierra y una suficiencia histórica terminante. Mezcla de ciencia y folklore, el estudio de los viejos caminos, de sus posadas y ventas —las viejas mansiones de los romanos, heredadas en el manzil árabe y en la venta quijotesca y castellana— es un despliegue del vivir español a través de los siglos, y por eso hay que evocar los geógrafos de todas las épocas y los historiadores de todos los siglos, para recorrer la cinta panorámica de las rutas por donde han desfilado conquistadores y reyes, campesinos y mendigos, traficantes y aventureros.

Los viejos caminos de Los Pedroches conocieron la planta del ibero y del celta, trazaron en el mapa de la ancestral Beturia su configuración histórica, vieron cruzar de sur a norte berberiscos y árabes, y de norte a sur los cristianos reconquistadores, y por doquier, en rosas de los vientos que la tradición conserva en muchos de sus pueblos, colonias de judíos, industriales y proféticos. Evocar estos viejos caminos es vivir la historia española de muchos siglos y muchas culturas, como acaba de hacerlo

don Juan Ocaña.

Por ellos salió desterrado aquel Ahmed el Baluti —el Belloto diríamos hoy sin intención peyorativa alguna—, que había de fundar un reino en Creta que duró cerca de dos siglos. En otro de sus lares nació uno de los más famosos astrónomos de la Edad Media, el Alpetragius o pedrocheño que conocieron las universidades europeas y fue el orientador de la marinería del medioevo y dinastías enteras de geógrafos, poetas y médicos, como la familia de los Gafequis, uno de los cuales está conmemorado en efigie en una de nuestras plazas públicas frontero a la fachada del viejo Hospital del Cardenal. La evocación de los hombres ilustres que recorrieron los caminos viejos de Los Pedroches es infinita.

Podríamos decir, parodiando al poeta, que todos ellos, los guerreros con sus mesnadas, los sabios con el libro bajo el brazo, los mercaderes con su bolsa, los histriones con su farándula, todos ellos, altos y bajos, cercanos y lejanos, mezclaron su sudor, sangre y lágrimas, al polvo y al barro de esos viejos caminos en los que están escritos los avatares de la raza y los destinos de la patria.

